



CAJÓN DE LETRAS

Castillo

GUILLERMO GÓMEZ MUÑOZ

Hay castillos que esconden dragones y princesas, o fortunas y familias de rancio abolengo. Otros, más humildes, se construyen estos días, con cubo y pala, entre toallas y sombrillas, aspirando a

una eternidad que el ciclo irreversible de las mareas se empeña en rebatir. Estos castillos infantiles –al igual que los de piedra medievales– proceden del vocablo latino ‘castellum’ (fuerte), diminutivo de ‘castrum’, ese campamento fortificado que puebla las traducciones de los estudiantes de Latín. La palabra romance se documenta por primera vez en el año 972, en su forma primitiva

‘castiello’. De ella procede ‘castellano’, como el señor o alcaide de un castillo, y también su variante –a partir de Castilla– que da nombre a la lengua en la que se escribe este Cajón de letras. Además, su raíz indoeuropea ‘kes-’ (cortar) nos descubre relaciones etimológicas con palabras como ‘castrar’, ‘incesto’ o ‘carecer’ y con el arabismo ‘alcázar’, originado también del ‘castrum’ latino.

Como si fueran fortalezas inexpugnables construyen los niños castillos en la arena. Ya adolescentes renuncian a ellos por temor a que los acusen de infantiles. Con la paternidad, se recuperan, con mayor profesionalidad y empeño, reconociendo en las manos que dirigen con diligencia la pala y el cubo a ese niño agazapado que creíamos haber perdido.

SECUNDARIOS IMPRESCINDIBLES



Un Sancho nada pancista

No es un personaje plano y va más allá del cliché materialista y pragmático. Su conocimiento de la realidad es lo que lo eleva y da valor a su fe en la aventura

IÑAKI EZKERRA



Entre los personajes literarios, Sancho Panza es uno de los grandes y más logrados arquetipos. Una visión tradicional y tópica ha interpretado su psicología como una encarnación del materialismo en contraposición al hidalgo, que representaría el idealismo. Sin embargo, a poco que nos adentremos en el Quijote, reparamos en que esa es una visión demasiado simple para una figura a la que Cervantes dotó de mayor complejidad. Un materialista no sigue a un utopista chalado durante más de un millar de páginas. Se baja antes de ese tren. Un materialista no necesita de un idealista que amenice su existencia y la llene de sentido con una insensata aventura. Ni tiene sueños de grandeza, como el de ser gobernador de una insula, ni abraza los sueños de grandeza ajenos. Más que el perfil de



Ilustración de Joaquín Heredia para una edición del Quijote de 1842. JOAQUÍN HEREDIA

un materialista, Sancho a mí me sugiere el de un pobre de espíritu, un buen tipo que carece de la imaginación, la iniciativa y el temperamento que admira en el fuerte carácter de su señor.

De la relación que se establece entre ambos personajes nos

brindó en 1990 una moderna versión Luis Landero con sus celebrados ‘Juegos de la edad tardía’. Lo hizo a través de los dos maduros oficinistas que mantenían largas conversaciones por teléfono: Gregorio dando rien-da suelta a las quijotesas peri-

pecias del Gran Faroni, el héroe en el que proyectó sus afanes juveniles, Gil escuchando al otro lado del hilo el relato de esas hazañas que necesitaba para poner algo de color en su grisácea existencia. El binomio Quijote-Sancho queda, así, reeditado en esa relación entre dos hombres entrados en años: el soñador fracasado y el gris mitómano necesitado de la poesía de esos relatos.

No. El cliché del materialista, el pragmático, el realista, el pancista se queda corto para un ser que se presta a hacer de escudero del Caballero de la Triste Figura y que lo sigue a ciegas por los caminos. Ciertamente, Sancho es en ese peculiar dúo el hombre que, pese a pertenecer a un estrato social más humilde que su amo y no saber leer, mantiene relaciones con los seres reales y sabe lo que estos piensan de su compañero de lances. Es justamente ese conocimiento lo que le eleva y da valor a su fe en la aventura. Sancho no es un personaje plano. Duda simultáneamente o en distintos momentos de la cordura y la locura de Quijano. A veces piensa que es un demente. Otras, después de pensarlo, vuelve a creer en él y en el sentido de sus andanzas.

Ese ambiguo juego psicológico se expresa en el famoso episodio de la carta que su señor le entrega para que se la haga llegar a Dulcinea. Los capítulos XXX y XXXI de la Primera Parte del Quijote son de una retorcida lucidez. Sancho se enreda en varias mentiras para sostener que ha cumplido la misión. Y no está claro si ese incumplimiento del recado se debe a los obstáculos que halla o a que piensa que está loco el autor del encargo. Como tampoco está clara la locura de un don Quijote irónico ante esa desobediencia, de la que se da y a la vez no se da por enterado.

En ‘Juegos de la edad tardía’ Landero nos brindó una versión moderna del binomio Quijote-Sancho